



LAS DIVERSIONES

EN

EL GETAFE

DE LOS SESENTAS

Las Diversiones

No había demasiadas diversiones en Getafe para los chicos en aquellos años. Una de ellas era el ir a **“los billares”**, donde se jugaba al billar y al futbolín y quizás al juego de “la seta”. Los billares más conocidos eran los del **“Riverfield”** (vaya categoría, con el nombre en inglés), que estaban en la calle Madrid, en un local que a mí me parecía muy grande. Años más tarde abrieron otros billares en la plaza Palacio, justo enfrente del “Colegio de Las Azules”, y éste tenía su gracia, porque desde la puerta veíamos entrar y salir a las chicas que iban a ese colegio y si se terciaba entablábamos conversación con ellas para quedar en alguna otra ocasión. En esta sala, además de muchos futbolines, había unas cuantas mesas de billar y unas mesas de ping-pong donde a veces, los domingos, echábamos alguna partida. Los billares más famosos de Madrid eran, sin lugar a dudas, los Billares Callao, en la imagen siguiente, donde íbamos a veces cuando nos acercábamos a la capital.



Billares Callao (la puerta pequeña de la izquierda)

Los chicos del barrio jugábamos al **billar** y al **futbolín** en una sala que había en el Bar Alegría, que estaba en una habitación aparte separada del bar, para así no molestar a los parroquianos que iban allí a tomar unos vinos, al tiempo que echaban unas partida de tute o de dominó.

Las partidas de futbolín eran tremendas, nos tirábamos casi toda la tarde jugando, cambiando de contrincantes a medida que unos perdían y eran sustituidos por otros. Jugábamos de parejas y éstas ya estaban formadas de antemano, ya fuera por afinidad, por amistad o por juego. Por un lado estaban José María y Raúl, otra estaba formada por Juan y Paco Parra, otra era la de Luis y Julianín, otra era la de Esteban Rivero y Heriberto Carrasco, y también la de Antonio Sánchez y yo mismo. Las partidas costaban una peseta y pagaba la pareja que se incorporaba al juego, los que ganaban se quedaban jugando y los que perdían se retiraban dando paso a otra pareja. Pasábamos tardes enteras manteniéndonos sin pagar, al menos ese era el objetivo, o intentando desbancar a los que estaban ganando en ese momento. En éste juego el mejor, sin duda, era José María que era capaz de ganarnos a todos jugando en individuales. Tenía una habilidad fuera de lo común en la delantera, donde realizaba unas maniobras espectaculares, que llamábamos pases, a los que poníamos nombre como por ejemplo “el pase del conejo” que es del único del que me acuerdo.

Había en el pueblo algunas “salas de baile”, donde los jóvenes solían ir a divertirse y a las que nosotros empezamos a ir siendo bastante mayorcitos, nos gustaban más nuestros juegos de barrio que ir al baile, que además costaba dinero y, a decir verdad, nosotros no dispusimos de dinero hasta bien pasada la adolescencia. La sala más importante era “**El Capitol**”, situada en pleno centro de Getafe muy cerca de la calle Madrid.



Con dos amigos en la Sala de Fiestas Capitol

Lo normal era que si no conocías a alguna chica, no bailaras en toda la tarde, porque a la pregunta de, ¿bailas?, le seguía siempre la respuesta, ¡no!. Además del Capitol estaba “**El Parque de Recreo**” en la calle Hospitalillo San José, muy cerca del colegio de Las Nazarenas.

En el barrio de Artillería, pasado el Hotel Rosa y en la misma acera, estaba **la Piscina Costa de Vigo** donde íbamos a bañarnos cuando habíamos ahorrado lo suficiente para pagar la entrada o habíamos convencido a nuestra madre para que nos diera algo de dinero. Una de las cosas que más nos gustaba era atravesar la piscina buceando bajo el agua, cosa que conseguíamos en muchas ocasiones.



Con José María y su primo en la Piscina Costa de Vigo

También recuerdo que nos ofrecíamos a las chicas para “enseñarlas a nadar”, poniéndoles las manos en la tripa ayudándolas a mantenerse a flote en posición horizontal (era toda una picardía juvenil), y ellas movían las manos y los pies intentando avanzar en el agua.

En la parte delantera del edificio de la piscina había un jardín lleno de moreras y en el suelo del recinto había arena de río que hacía más confortable la estancia en ese lugar. Allí se instalaba una plataforma en la que se situaba una orquesta que amenizaba las tardes de los domingos con piezas bailables rítmicas y otras lentas que eran las que más gustaban, como fácilmente se puede comprender.

También había una sala de baile en el interior del edificio, que se usaba en invierno para actuaciones musicales, y donde yo no recuerdo haber ido ni una sola vez en mi juventud.

Habían pasado ya aquellos tiempos en los que íbamos al **puesto de “La Chata”** a comprar dos reales de pipas, un trozo de paloluz o unas barritas de regaliz. Ahora teníamos algo de dinero, que nos sobraba después de haber sacado la entrada del cine. Comprábamos en **la Pastelería Izquierdo** un pestiño o una milhoja de nata, teniendo mucho cuidado con esta última ya que estabas expuesto a que alguno te la estampara contra las narices cuando estabas descuidado, provocando las risas de los amigos de la pandilla.

A veces comprábamos un helado en **“La Horchatería Valenciana”**, que estaba situada en la calle Madrid muy cerca de la plaza del Ayuntamiento, en donde podías elegir un helado de cucurucho, un helado al corte o entre una variedad de polos de fresa, de limón y de chocolate. Recuerdo aún a los dos chicos más jóvenes de la heladería, que iban por las calles de Getafe con unos carritos preciosos de madera con sus tapas plateadas y que levantaban para sacar de su interior los helados y los polos que mantenían fríos en unas cubetas. Entre los polos había para elegir varios sabores, así como en los helados al corte que los había de nata y fresa, nata y chocolate o los de vainilla y chocolate. Pero lo que nos llamaba más la atención eran, sin duda, aquellos helados de vainilla que se preparaban con una maquinilla, que tenía un recipiente rectangular, donde alojaban una galleta que encajaba perfectamente, a continuación bajaban un émbolo y ponían una buena cantidad de helado rellenando el hueco aplicándolo con una paleta de acero inoxidable, poniendo por último otra galleta encima, para acabar la operación accionaban el émbolo hacia arriba que sacaba el helado del recipiente listo para saborear.

Más tarde, ya fuera con el bolsillo repleto de pipas, con la milhoja en las manos o chupando el helado, paseábamos por **“la Calle Madrid”**, que era el centro neurálgico del pueblo, de un extremo a otro de la calle una y otra vez, para ver a las chicas que más nos gustaban, intercambiando alguna mirada de complicidad o esbozando un tímido saludo que era a lo que más nos atrevíamos. Cuando nos decidíamos a ir con ellas lo hacíamos en parejas, preparando previamente lo que les íbamos a decir al iniciar la conversación, que sin duda era lo más complicado. Más tarde los chicos nos juntábamos en el barrio, comentando cómo nos había ido con ellas y haciendo planes para el domingo siguiente. A veces conseguíamos acompañarlas a sus casas y alguna que otra vez lográbamos ir juntos al cine, que era el objetivo final.

Ya que lo he nombrado, diré que “el Cine” era el entretenimiento más importante de aquellos tiempos. Esperábamos cada semana, con una ilusión desbordada, para ver las películas que ponían en los dos únicos cines que había en el pueblo.

“El Cine Palacio” o también llamado “el cine del gordo” ya que su dueño gozaba de una apariencia física voluminosa y que estaba en la calle Ramón y Cajal, muy cerca de la calle Madrid. Tenía un entresuelo con unas pocas filas de butacas, que era algo más barato, al que llamábamos “el gallinero”.

En este cine fue donde vi mi primera película un Día de Reyes en una sesión matinal gratuita, a la que nos llevaron los curas del Colegio de los Escolapios.

La película era ni más ni menos que “El enigma de otro Mundo”, una película de terror que me mantuvo en vilo durante toda la proyección y de la que todavía recuerdo alguna de las escenas más impactantes.



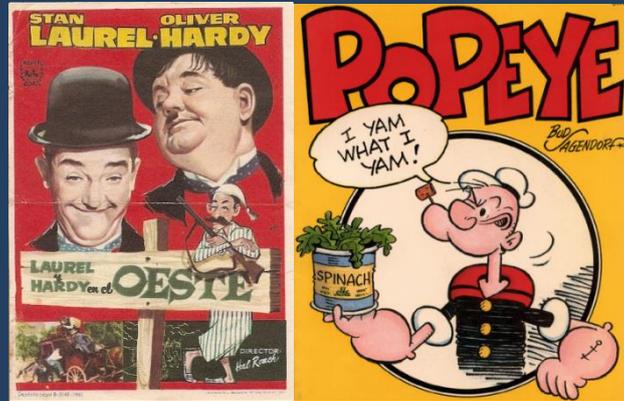
También recuerdo de aquellos primeros años de mi encuentro con el cine la película “Corazón de Piedra”, una película intrigante y misteriosa que trataba de la maldad de los hombres y las relaciones con los demás. Supongo que aquello, en edad infantil, impresiona y se te queda grabado y hace que todavía ahora sigan vivos esos recuerdos, como si hubiese visto la película recientemente.

“El Cine Cervera” era la otra sala de cine que había en el pueblo. Estaba al principio de la calle Toledo muy cerca del Ayuntamiento y era más grande y más confortable que “el Cine Palacio”, ya que éste con sus butacas rojas algo ajadas se había construido años antes y ya estaba un poco anticuado.

Había normalmente dos sesiones, una era “la primera sesión” que estaba reservada para los chavales y el público infantil y que empezaba a las cuatro de la tarde y la “segunda sesión” que comenzaba a las siete de la tarde y era para el público en general.

Siempre antes de las películas nos ponían “el NO-DO”, una especie de documental de noticias y reportajes de actualidad, en el que se hacía mucho énfasis en las realizaciones del Régimen que teníamos en aquellos años.

También recuerdo que muchas veces, como complemento a las películas, nos echaban películas cortas de “El Gordo y el Flaco”, una pareja de cómicos (Stan Laurel Y Oliver Hardy) que hacían las delicias de todos nosotros y también ponían películas de “Popeye el Marino” y su inseparable Olivia.



En la entrada del cine, a ambos lados de la puerta principal, estaban las carteleras donde ponían algunos fotogramas de la película que iban a pasar la siguiente semana, y viendo aquellos fotogramas nos hacíamos una idea de lo que trataba, aparte de que al comienzo de la sesión del día nos ponían un pequeño adelanto de la película de la siguiente semana a lo que llamábamos “el trailer”.

Había películas que se tiraban semanas en cartel, después de que hubieran estado meses e incluso un año completo en Madrid, que era donde se estrenaban todas. Aún recuerdo las colas enormes que se formaban para sacar las entradas, para ver “La Violetera”, “El Último Cuplé” o “Dónde vas Alfonso XII”, por citar las películas de mayor éxito de aquel tiempo. Había seis o siete tipos de películas, a saber: Dramas y Comedias, películas Románticas, películas Religiosas, películas de Aventuras, películas Policiacas y de Misterio y películas del Oeste que eran sin lugar a dudas las que más nos gustaban.



Guardo un buen recuerdo de muchas películas de aquellos tiempos, aunque tan sólo sean unas pocas escenas, pero son suficientes para disfrutar haciendo un repaso nostálgico, cada vez que las programan en alguna cadena de televisión.

Recuerdo películas como **“La Isla del Tesoro”**, **“Espartaco”** con Kirk Douglas espectacular como siempre, **“Moby Dick”** la ballena blanca, obsesión persecutoria de Gregory Peck por los mares, **“El Príncipe Valiente”** una historia de caballeros de la Edad Media con un Robert Wagner casi adolescente, **“Sinuhé el Egipcio”** con un Edmund Purdom enigmático, o **“Tierra de Faraones”** donde me impresionó el sistema de sellado de las Pirámides utilizando con ingenio la arena del desierto colocada entre los grandes bloques de piedra.

En estas películas nos transportábamos a mundos mágicos y lejanos, donde ocurrían cosas impensables para nuestro pequeño mundo juvenil. También recuerdo otras películas como **“Molokay”** o **“La túnica sagrada”** de temas religiosos muy de moda en aquella época.

Disfruté como nadie con las películas de Burt Lancaster **“El temible burlón”** y **“El halcón y la flecha”** en la que las ocurrencias y acrobacias de los protagonistas, luchando contra los piratas o contra el poder feudal, hacían las delicias de la chavalería.

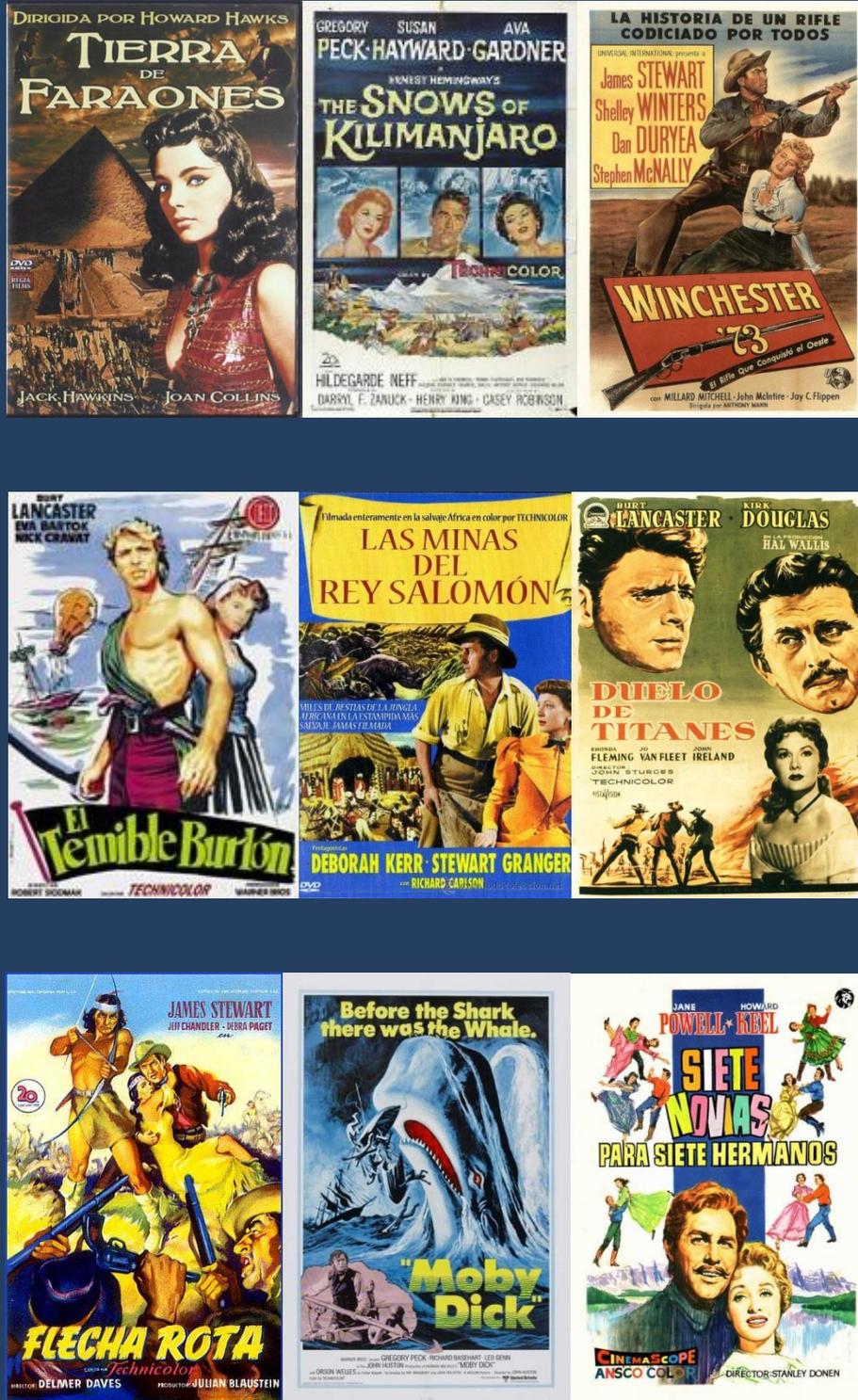
Me trasladé a África, un continente misterioso y apasionante con películas como **“Las minas de rey Salomón”** con Steward Granger, o **“Cuando rugen las marabuntas”** con Charlton Heston en el papel de rico terrateniente, o **“Las nieves del Kilimanjaro”** en la que pudimos ver parte de ese continente africano tan maravilloso y enigmático.

Atravesé las praderas del Oeste americano con aquellas películas de indios y soldados, de vaqueros y diligencias, de buenos y malos, de rifles y flechas, de bandidos y de sheriffs que resultaban apasionantes. Me vienen a la memoria docenas de películas que sería imposible reflejar aquí, pero al menos mencionaré algunas: **“Murieron con las botas puestas”** con Errol Flynn agarrado a la bandera de aquel batallón aniquilado por los indios, **“Winchester 73”**, **“Colt 45”**, **“Flecha rota”**, **“La diligencia”** o **“El desertor del Álamo”** con Glen Ford intentando salvar a los hombres de aquel fuerte sureño, **“Tierra de violencia”**, **“Duelo de titanes”** con Burt Lancaster y Kirk Douglas en una de las mejores películas del Oeste que se haya visto jamás.

Cientos de películas y decenas de actores que llenaron nuestra memoria de recuerdos imborrables. Actores como **Paul Newman**, **Richard Widmark**, **Gary Cooper**, **John Wayne**, **James Dean**, **Charlton Heston**, **Gregory Peck**, **Robert Mitchum**, **Glen Ford**, **Erroll Flynn**, **Victor Mature**, **Marlon Brando**, Spencer Tracy, Humphrey Bogart, **Tony Curtis** y por encima de todos **Burt Lancaster** y **Kirk Douglas**, que eran los que a mí más me gustaban, todos ellos eran de los actores más famosos de aquellos maravillosos años.

Actrices como Débora Kerr, Audrey Hepburn, Joan Collins, Lana Turner, Doris Day, Ava Gardner, Ronda Fleming, Susan Hayward, Jane Wyman, Grace Kelly, Elizabeth Taylor, Bárbara Stanwyck, Hedy Lamarr, Virginia Mayo, Vivien Leigh y muchas otras que siguieron después como, Sofía Loren, Gina Lollobrigida, Claudia Cardinale, Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Jean Simons, Kim Novack, Natalie Wood y una extensa lista de actrices que todavía tienen un lugar en nuestra memoria.

CARTELES DE PELÍCULAS DE AQUELLOS AÑOS SESENTA



Voy a contar una anécdota muy bonita, que me ocurrió hace años y que, en cierta manera, está relacionada con el cine de aquella época, aunque pasara algunos años después. Corría la década de los setenta y la empresa donde yo trabajaba me mandó a hacer un cursillo a Havant, una pequeña ciudad de Inglaterra donde teníamos un centro de educación interna de la Compañía.

Un buen día me metí en un cine de aquella ciudad donde ponían la película “El exorcista”, que seguro recordaréis. Bien, pues cuando se estaban desarrollando las escenas más impactantes, yo sin poderlo aguantar, salí de la sala y me fui a fumar un cigarrillo al hall (en aquel tiempo aún fumaba).

Entonces se me acercó el portero que andaba paseando por allí y me preguntó **¿what’s the matter?**, y yo con un inglés de andar por casa le dije **“the film is not being nice to me”**.



A continuación, el señor me preguntó, **¿what country do you come from?**, yo le contesté **“I come from Spain”**. Entonces él con la cara iluminada por la emoción me dijo:.... **“I still remember a spanish movie, a beautiful film** (y tras hacer una breve pausa me dijo)**”Marcelino bread and wine”, that’s the movie, I’m speaking about.**

Yo agradecí aquel comentario y como español me sentí muy orgulloso. A mí me gustó mucho esa película tan tierna, con un Pablito Calvo que te seducía con esa mirada lánguida y pícara a la vez. Sin duda, **“Marcelino Pan y Vino”** fue una de las películas más sensibles, si no la que más (todo el público salía llorando), de toda la filmografía española de aquellos tiempos.

A medida que nos fuimos haciendo mayores, a algunos chicos de la pandilla nos gustaba ir a Madrid a **“los Cines de la Gran Vía”**, para ver las películas de estreno. **“El Palacio de la Música”, “El Capitol”, “El Lope de Vega”, “El Palacio de la Prensa”, “El Callao”** eran los cines más importantes de Madrid, o al menos de la Gran Vía, y allí era donde se estrenaban casi todas las películas antes de pasar a otras ciudades y pueblos del país. Recuerdo la primera vez que fuimos al Palacio de la Música, donde ponían **“Los que no perdonan”** con Burt Lancaster como actor principal que, por cierto, era uno de mis favoritos.

Todo empezó cuando mi amigo Antonio Sánchez se empeñó en salir de la rutina de Getafe, y fue él el que nos metió el venenillo en el cuerpo a José María Sierra, Raúl Añíbarro, Paco Parra, Esteban López y a mí mismo. A partir de aquella primera vez, muchas otras fuimos a la Gran Vía para ver a nuestros actores preferidos en aquellos cines tan elegantes. Solíamos coger la camioneta del ADEVA, que nos llevaba hasta **la calle Drumen en Madrid** donde seguro que a la vuelta, antes de regresar a Getafe, nos comeríamos un buen bocadillo de calamares.

Subíamos andando por la calle Atocha arriba, mirándolo todo con una gran curiosidad, hasta alcanzar la Puerta del Sol, tras pasar por la plaza de Jacinto Benavente y la calle de Carretas, luego íbamos por la calle Preciados hasta desembocar en **la plaza de Callao**, donde las luces iluminaban los edificios en las que aparecían, en grandes carteles que cubrían las fachadas, las películas que en esos días se exhibían en aquellos cines.

Cuando volvíamos a Getafe nos sentíamos orgullosos y contábamos a nuestros amigos los detalles más destacados de la película que acabábamos de ver y que tardaría algunas semanas en ponerla en los cines del pueblo.

Al tiempo que íbamos a los cines de la Gran Vía, solíamos ir también a **“Los Sótanos”** un lugar de diversión sana, en el que había máquinas electrónicas muy entretenidas y llamativas, donde los chavales lo pasábamos a lo grande, moviendo los mandos con extremada rapidez. Recuerdo todavía una de aquellas máquinas que tenía un oso por diana, con unos círculos a ambos lados del lomo y un tercero en el pecho, al que había que disparar con un rifle electrónico. Cuando le acertabas en alguno de esos círculos, se giraba y rugía adoptando una posición distinta y, si tenías un buen tino, le tenías al oso pasando de una posición a otra sin descanso. Era sencillamente fantástico.

Todos los cines en aquellos tiempos tenían la buena costumbre de dar **“Los Programas de las Películas”** que ponían esa semana, cuando comprabas las entradas, en los que figuraba el reparto de actores principales. Eran preciosos y los coleccionábamos como si fueran un tesoro.

Tengo un amigo de Getafe - Apolinar Mesa -, que fue compañero mío de colegio en los Escolapios, que tiene casi todos los programas de las películas que pusieron en los cines del pueblo en aquellos años.

En Getafe además de los cines de invierno había un par de cines de verano, que llamábamos terrazas, donde íbamos a tomar el fresco después de cenar, mientras veíamos las películas. **“La Terraza del Cine Palacio”** estaba en la calle Madrid un poco antes del barrio de Artillería y **“La Terraza del Cine Cervera”**, estaba en la calle Hospitalillo muy cerca del Colegio de las Nazarenas y del Lavadero.

Algunos de nosotros, Antonio Sánchez, Esteban López, Raúl Añíbarro y yo, hicimos nuestros pinitos en **“El Teatro”**. El grupo de teatro, en el que había también algunas chicas (Margarita, Mari-Lala y Suberviola), estaba dirigido por Ángel Barrios una persona experta en actuaciones cara al público, ya que durante años formó parte de un grupo de rancheras mejicanas que tuvo un cierto éxito en el pueblo. Ángel Barrios solía hacer de actor principal cuando el papel era difícil y la obra así lo requería o porque se adaptaba mejor a sus condiciones interpretativas.

Hicimos obras de **Alejandro Casona** y **Alfonso Paso**, que representábamos en el Salón de Actos del Colegio de los Escolapios o en el Salón de Actos del Colegio de las Ursulinas. Recuerdo que hicimos varias obras de teatro, aunque sólo recuerdo los títulos de dos de ellas, **“Las sandalias de pescador”** y **“Con quién andan nuestros hijos”**.



(Antonio Sánchez, Esteban López, Luis Sanz y Ángel Barrios)

Recuerdo también una canción que en una de las obras cantaba Antonio Sánchez (mi amigo Antonio), y que decía así : **“Señor San Juan, la espiga del trigo ya empieza a granar, que viva la danza y los que en ella están”**, seguro que Antonio la recuerda también, así como Raúl porque le corregía constantemente ya que pensaba que no lo hacía del todo bien. ¡Qué ratos tan agradables pasamos durante los ensayos en aquellas frías tardes de invierno!. En resumen diré que aquella experiencia fue muy positiva para todos nosotros, que todos imagino recordamos con cariño y que a los que intervenimos en aquellas obras nos aportó una nueva visión de la realidad, que influyó de alguna manera en nuestra formación social y cultural.

“Las Fiestas de Getafe” que empiezan, con la bajada de la Virgen de los Ángeles desde el Cerro de los Ángeles, el día de La Ascensión y acaban pasado el Desfile de Carrozas, era la diversión más importante del pueblo en aquellos años. Incluyo aquí un fragmento de una poesía que, sobre Getafe, hice hace algún tiempo que se refiere a las Fiestas de Getafe, y que dice así:

Allá por el mes de Mayo/ las Fiestas ¡Ay que gozada!/
 La Noria, Autos de Choque/ Rifas, La Ola, Las Barcas.
 Martillos de caramelo/ garrotas rojas y blancas/
 y también los Caballitos/ de los que suben y bajan.
 La Virgen está en el Cerro/ Centro y Corazón de España/
 y en Fiestas baja hasta el Pueblo/ en Carroza de Oro y Plata.
 La sacan en Procesiones/ preside todas las Galas/
 y pasando las Carrozas/ otra vez de vuelta a Casa.

Durante algunos años, cuando yo era muy pequeño, recuerdo que en Fiestas salían los **“Gigantes y Cabezudos”** recorriendo las calles más importantes del pueblo. El gigante vestido de rey con su corona y todo, y la giganta con el vestido que hacía volar con sus continuos giros a modo de baile, mientras que la media docena de cabezudos increpaban a la chavalería con sus gracias y dando sustos a los niños más pequeños.

“Los cacharros de la feria” se instalaban en la plaza de Carretas y en la calle Jardines, dado que en aquel pequeño espacio cabían todos ellos. Unas guirnaldas y unas banderitas de colores adornaban las calles aledañas, dándole un aspecto más festivo. Los **“caballitos”** se instalaban cerca de la fuente que había en un rincón de la plaza, eran preciosos y tenían unas barras metálicas plateadas en forma de tirabuzón, que salían del techo de aquel cacharro y se anclaban en el suelo de la atracción atravesando los caballos y era ahí donde los niños se agarraban para no caer del caballito. Había también una **“noria”** que ponían en medio de la plaza y una **“ola”** en el otro extremo junto a las **“barcas”**, a su lado las **“sillas voladoras”** o también llamado **“el güitoma”** y por último los **“autos de choque”** de la Autopista Loranca junto a la calle Empedrada.

Lo que más éxito tenía entre los chavales era, sin lugar a dudas, la pista de autos de choque porque nos servía, a base de chocar una y otra vez contra los coches en los que iban las chavalas, para tomar amistad y salir con ellas, dando juntos una vuelta por la Feria.

Otra de las atracciones para los más pequeños era **“el tren de la bruja”**, donde se recibían escobazos por todas partes una vez que el tren se había puesto en marcha, sobre todo si algunos chicos más mayores se atrevían a subir al tren y era por ese motivo por lo que el que hacía de **“bruja”** la pagaba con aquellos listillos, entre los que en alguna ocasión me colé. También ponían algunas casetas a todo lo largo de la calle Jardines, donde poníamos a prueba nuestra puntería, tirando con una **escopeta de perdigones** a romper las cintas de papel de las que colgaban regalos muy atractivos o simplemente tirando a las **“bolas de anís”** que te llevabas si acertabas con el disparo. También había casetas en las que se hacían **rifas**, donde se empleaban unos cartones con cartas de la baraja y como premio te daban **unos martillos de caramelo rojo o unas garrotas de colores también de caramelo**.

Luego, años después, la Feria se fue trasladando a otros lugares. Primero fueron los **“coches eléctricos”** que se instalaron en un solar de la calle Magdalena, cerca de la cárcel, y después todos los demás pasaron a la calle Arboleda donde, todavía con veinte años, probábamos al tiro al blanco o nos tomábamos un **vinito dulce de Montroy** acompañado de un pequeño barquillo.

Los **“Fuegos Artificiales”** se instalaban en la plaza del Ayuntamiento, donde acudíamos todos los vecinos del pueblo. Eran casi siempre tres **“castillos”** de los que salían unos pequeños cohetes y una serie de petardos que iban estallando cansinamente y al final, cuando casi todos los petardos habían explotado, se formaba un círculo en el centro del **“castillo”** de color blanco plateado, que giraba y giraba rápidamente durante unos segundos.

Los círculos plateados estallaban al fin con un ruido ensordecedor, al tiempo que prendían una tira de petardos, que después de explotar dejaban un rescoldo encendido en el que se podía leer “Felices Fiestas” o una frase similar, dando por concluidos “los Fuegos”.

Las Carrozas, aparte de ser la despedida de las Fiestas, era el acontecimiento más importante desde el punto de vista festivo. Para nosotros los chicos “las Carrozas” eran una oportunidad más para ver a las chavalas que más nos gustaban y que con toda seguridad estaban en aquellas carrozas tan bonitas y espectaculares para lo que había en aquel tiempo. Pasadas las Fiestas el pueblo recuperaba el ritmo cansino de la obligación y del trabajo en los mayores, y del colegio y el estudio en los más pequeños.

Unos años más tarde, los chavales de la pandilla fuimos llamados para hacer “**el Servicio Militar (la Mili)**”, aunque algunos de nosotros, por ser hijos de militar, escapamos de esa obligación alegando que estábamos estudiando y aquello podía interrumpir nuestra formación. Puedo citar aquí entre los afortunados a Julián Catalina y su hermano Jesús, Antonio Sánchez, mi hermano Lamberto y yo mismo, que tan sólo fui cuatro días a la “mili” tres para aprender a desfilar y a hacer “el rindan” y uno más para “jurar bandera”.



(Foto recuerdo del momento de besar la bandera)

Luego, vestido de recluta, con aquel uniforme impecable y aquellos guantes blancos de gala que llevaba, acabada la ceremonia de “la Jura de la Bandera”, presumí paseando mis apenas dieciocho años con mis amigos por la calle Madrid sintiéndome protagonista por un día.

Aquello fue un punto de inflexión en nuestras vidas, pasando de la adolescencia a la juventud, donde sitúo el final de esta pequeña historia, que tantos recuerdos dejó en mí, y que a veces hago salir con añoranza.

Luis Antonio Sanz – Un verano de un año cualquiera

Revisado Marzo de 2016